

Flor de la perversión

Ramón Castillo



Fotografía: Rogelio Cuéllar

LA POESÍA VERDADERA ESTÁ ESCRITA CON LA VÍSCERA radical de la obsesión. Cualquier poeta auténtico reinterpreta al mundo con ojos nuevos y, desde la soledad de su hallazgo, revela algo que se nos ha escapado. El creador, siempre, paladea una gramática singular. Lo cierto es que no todos los llamados poetas lo hacen, no todos lo pueden. Será acaso porque la poesía es un ritual que desborda, es la extracción a veces violenta de un fragmento de lo visible para volverlo refulgente, como recién concebido. Tiene que ser así, brusco y salvaje, sin duda, porque lo que empuja su movimiento es el deseo de romper la esencia de las cosas, derramar la salvia de un arquetipo que está por construirse, dibujarse, deletrearse con la palabra justa, ceñida y, al mismo tiempo, sorprendente y anómala.

De manera similar, es necesario leer la poesía con la rabia urgente, la búsqueda sinuosa de la carne, el temebundo sexo, la ebriedad, el amor y la alegría. Buscar en un libro no palabras sino flores de variados tipos: marchitas o soberbias, pérfidas y candorosas. En fin, comprender, tal cual señala Efraín Huerta, que en medio de la noche más honda es posible encontrar, ya sea en las sucias grietas de la ciudad o en el interior de una cantina o en medio de las piernas de una amante la ascesis que habrá de salvar el alma de los descartados. La poesía es ese gesto de esperanza extraviada, de suave derrota ante la mujer amada y la inconmensurabilidad de lo anónimo.

En la poesía de Huerta florece un campo de nocturnos claveles, desafiantes camelias, violetas redentoras que perfuman el aire de la vida y la muerte, el odio y el amor. Si uno presta atención, y lee con el deseo de hallar jardines secretos, encontrará referencias a gardenias, rosas, lirios y demás brotes herbales en buena parte de la producción poética del artífice de *Los hombres del alba*. Pero cuidado, al hablar de flores, capullos y brotes no hay atisbo de asociaciones fáciles, entretejidas con la melaza que los candorosos exudan; por el contrario, en Huerta, las flores son múltiples atisbos de un milagro no accesible para todos.

La flor como recurso poético tiene en la obra de Efraín Huerta encarnaciones frecuentes, pero no por ello menos afortunadas. Todas son lumínicas en su carácter de instigadoras de una carnalidad próxima a la vez que desconocida. Al leerlo se percibe la esencia volátil del sexo satisfecho, el cuerpo acalambrado, sumiso ante el ímpetu de la sangre. Es también una herramienta con la cual construir imágenes que nombrarán al mundo, explicar lo inasible, incluso lo inexistente que nos acecha. En *El poema de amor* escribe:

El poema de amor es el poema
de cada día: la sombra de una hoja
y este mirar al cielo en anhelante
perseguir una flor, una sonrisa.

Sugiere Carlos Montemayor que la obra del Gran Cocodrilo es eminentemente amorosa, ese es su único y obsesivo tema, ora en su vertiente más licenciosa, ora en su confidente manifestación más pura. Sin embargo, en los poemas, tal primacía sobrepasa y extiende la semántica del amante y se vuelve una forma estética cuyos matices cobran relevancia al florecer en ellos, llenando de vida a un páramo. De repente, una rosa o un clavel fija inesperadas visiones. Montemayor indica con tino, que la poesía de Huerta siempre tendió a cantarle al lado oscuro de la luna. Por supuesto, es ineludible escapar al consabido cerco de espinas que sirve para hacer más evidente la frialdad absoluta de la perfección, enardecida a la par que la total belleza de lo turbio.

Hermosura atípica, enfermiza y real, por tal motivo, más contundente; la vida entera es una vía que permite constatar la imperfección del universo, la desolación ante las ciudades, el amor, la destrucción propia. El mundo, entonces, se unifica a través de sus orillas. Una flor, como una mujer, debe ser amada por su simple existencia, la posibilidad de lo que pueden ser, la realidad de lo que ya son, no importa si por alguna causa no se abren a la mañana, su presencia es un asombro. Así lo sugiere en *Los ruidos del alba* cuando exclama:

Cantemos a las flores cerradas
a las mujeres sin senos
y a los niños que no miran la luna.
Cantemos sin mirarnos.

Lo que importa no es el rasgo perfecto de un ideal, lo acabado y precioso de su imagen bucólica, sino la existencia concreta de aquello que arrebató, el desperfecto real que enamora y seduce por su cercanía o naturalidad; por eso, en el *Primer canto de abandono*, dice:

(Pero yo amo el abandono por violeta y callado.
amo tu entrada al invierno sin mi cuerpo,
admiro tu fealdad de dalía negra dolorida
adoro con ceguera tu pasión por la lluvia
y el encanto de tus narices frías,
amada razonable y sencilla).

El guiño floral, pese a lo que tradicionalmente aseguraba el imaginario de lo impoluto y casto, también es susceptible de ilustrar lo desagradable, lo inconcluso; sin embargo, en ese desplazamiento, de alguna forma, volvemos a encontrar la belleza, pero bajo una luz tenue, mortecina, de turgencia en la madrugada. Así, en *La rosa primitiva*, se da paso a una letanía concupiscente que transgrede el imaginario de las buenas y respetables costumbres poéticas.

Quédate con la rosa del calosfrío,
la rosa del espanto estatuario,
la inmaculada rosa de la calle,
la rosa de los pétalos hirientes,
la rosa-herrumbre del fiero desencanto,
la primitiva rosa de carne y desaliento,
la rosa fiel, la rosa que no miente,
la rosa que en tu pecho debe ser la paloma
del latido fecundo y el vivir con un pulso
De gran deseo hirviendo a flor de labio.

La rosa, en fin, de las espinas de oro,
Que nuestra piel desgarran y la elevan
Hacia el sereno cielo de donde la poesía
Nos llega mutilada, como ruinas del alba.

A través de la mirada del autor de los *Poemínimos* se hilvana un rosario decadente, patético y oscuro, pero aun así, apasionado, vivaz y auténtico dedicado a la virgen de medianoche, esa misma a la que le cantó Daniel Santos. No hay que olvidar, por supuesto, que las flores son la reverberación sexual de la naturaleza. La forma y suavidad, el olor y la policromía son recursos de seducción, coqueteos al cielo, el aire, la lluvia y los insectos que las polinizan felices de participar de su tacto. Los sentidos florecen porque se abren al mundo; lascivia perfumada, pétalos pezones, vulvas vegetales, bocas llenas de ansia, cada pistilo es un ejercicio amoroso, la retórica sensual de los elementos.

Buenos días a Diana Cazadora confirma la dichosa glorificación de la carne, muy a pesar de que la alabanza le sea entregada a una diosa de metal, ella es musa de

transeúntes, sosiego para los capitalinos, arrobo para los enamorados de la belleza perenne de las curvaturas femeninas, “playa donde nacen deseos de espinosa violencia”. Todo cuerpo femenino es un montón de trigo cercado de violetas, dice John Updike; es decir, en él hay un hálito sempiterno y contumaz que a lo largo del tiempo no ha dejado de maravillar a sus absortos espectadores, son flores líquidas llenas de la salvia del tiempo, acariciadas por la premura del sol con el fin de convertirlas en un tributo digno de su potencia. Cada batalla, cada lucha amorosa es, en definitiva, una oportunidad de preservar su misterio, rendir tributo al dios de la epidermis. Leamos de *Apólogo y meridiano del amante*:

Cenital guerrero de la carnalidad
Retorno al monumento flor de una saturada piel.
Estuve ausente todo un verano tembloroso,
En medio de la contienda florida
De los hirvientes amantes.

[...]

Aspiro tus manzanas, tus duraznos,
Tu dominadora rosa de cobre
Porque no puedo vivir sin el reino del follaje,
Las maderas metálicas y el llagado perfil de la
orquídea.

La naturaleza es redentora, atisbo de una potencia inabismable cuyo movimiento, para revelarse, toma forma de poética u orgasmo. La “*flor es un tempo y un abismo, / una brillante consigna y un apretón de manos*”. Percibimos que siempre hay un pretexto para colorear el universo, ya sea mediante el brote fortuito de un clavel o una magnolia, la alegría de una borrachera, un aliviado *post coitum*, la curvatura de un seno altivo, el callado amanecer.

Una flor, nos dice Huerta mediante su poesía, es la manera como un suspiro asume una forma palpable, el impulso que nos anima, a nosotros los solitarios, a cargar con nuestro corazón negro y desvelado, para seguir cantando. 